

Convencido

Julio Iñaki Zuinaga Bilbao

Image not found.

Capítulo 1

Convencido

PRIMERA

Nos encontrábamos en la recámara, tumbados en la cama viendo televisión. Solíamos aprovechar el sábado para ver las repeticiones de las series televisivas que nos gustaban y comenzaban a las diez de la noche. Kevin Spacey, en su rol de presidente de los Estados Unidos está a punto de orinar sobre la tumba de su padre en el cementerio... De pronto escuchamos el timbre de la puerta de entrada al departamento seguido, segundos después, de golpes suaves y espaciados de nudillos sobre la puerta. Ema y yo nos miramos a los ojos. Ninguno quería perder la secuencia de lo que sucedería en ese episodio. La mirada de Ema se volvió suplicante, me susurró «Alec, ve tu». Así que me levanté para ir a ver quién tocaba a la puerta.

Observé por la mirilla de la puerta y pude ver a un hombre, con pants negros, cabello largo y rizado bajo el cuello; tenía gafas de grandes aros y miraba despreocupadamente al suelo. —¿Quién toca?

—¿Es suyo el Automóvil Honda con placas de California?

—Así es ¿Puedo saber quién es usted?

—Mi Nombre es Tierry Aleixandre, vengo a devolverle algo que olvidó hace un par de días en el bar Tatum's. —Metió la mano en el bolsillo de su sudadera, extrajo un teléfono móvil y lo colocó cerca del visillo.

“Es exactamente igual al mío”, pensó Alec. Abrí la puerta y le invité a pasar. No entiendo por qué pero su cara tenía un extraño aire familiar, rostro un tanto duro, tal vez semejante a Mickey Rourke. Sus ojos ahora le parecían infinitos, profundos, pupila negra dilatada. Alec le sugirió pasaran a sentarse junto al bar, y se sorprendió a sí mismo con ese gesto. El extraño se quitó los grandes lentes y se sentó, plácido, en uno de los bancos altos del bar. Lo observé, su cara tenía la piel de un adulto mayor, quebrada en decenas de pequeñas arrugas, quemada por el tiempo, cuerpo robusto. Si, quizás como Mickey Rourke...

Le pedí el móvil y apenas me lo entregó pude ratificar que sí era el mío, tenía la muesca en una esquina debida a una caída semanas atrás. Lo encendí, tenía todos los datos de siempre. El único problema es que mi móvil estaba hace apenas unos minutos sobre la cómoda de la recámara.

—Permítame un minuto, voy a revisar algo —dije con aire de autoridad y me dirigí a la recámara. La cama estaba tendida, no estaba Ema ni el

teléfono sobre la cómoda. El estómago se me hizo nudos y regresé a la sala. Allí seguía estando aquel extraño cuyo rostro me era familiar.

* * *

SEGUNDA

—Me permití recoger su móvil después del incidente —comentó en una voz pausada y relajada.

—¿A qué incidente se refiere? —Por la mente de Alec pasaron, vertiginosas, las imágenes y recuerdos de dos noches atrás, en el bar Tatum's. Un lugar conocido, una agradable costumbre. El lugar solía estar lleno de humo de tabacos. Esa noche estaban sentados frente a la amplia y larga barra en la que Alec y sus amigos tomaban una y otra copas del acostumbrado whisky. Recordó la charla sobre las mujeres que asistían al bar, el juego de adivinar sus vidas tan solo con observar sus gestos, su lenguaje corporal, sus miradas. Antes de las once Mike había ya pagado la cuenta, tras lo cual se dirigieron a la pequeña estancia de recepción del bar para salir al estacionamiento del lugar. Alec consultaba su móvil para saber si tenía mensajes mientras que Mike y Jeff bromeaban sobre las torneadas piernas de la recepcionista... ahí acababan los recuerdos. Trató de forzar su mente, de presionarse para saber y recordar algo más.

—Ya llegó al momento exacto —susurró aquél extraño visitante con una cara conocida—, ahora es tiempo de ver el video, enciéndalo.

* * *

TERCERA

Alec le miró, esas palabras le dejaron atónito. Regresó la vista al móvil que sostenía en la mano. Buscó nerviosamente en la aplicación de videos tomados. La más reciente tenía un título largo, ininteligible, como solían quedar cuando no se añadía un nuevo título. Pulsó en reproducir. La imagen que apareció primero era la de su propia cara mencionando lo idiota que Jeff se había comportado en esa ocasión. Acto seguido se levantaron de la barra del bar, Alec parecía no saber que había seguido grabando con el móvil, los movimientos eran caóticos, las charlas superfluas hasta que se centraron en la imagen de la recepcionista del bar y hubo un perfecto zoom hacia las piernas de aquella mujer. Escuchó las sabrosamente cochinas bromas sobre lo bien torneadas que tenía las piernas; un último zoom a la cara de aquella chica, su mirada de coquetería. Y de nuevo el caos de movimientos, sonidos de despedidas, Mike habla sobre su mujer unas palabras que no se alcanzan a oír claramente. La imagen campaneante del suelo del estacionamiento, un alto en el trayecto, una voz masculina, ronca, que le amenaza, los zapatos de aquel extraño, un giro del móvil, lentamente sube la imagen hacia la

cara del individuo y se para la imagen abruptamente con el sonido de un disparo; el móvil cae al suelo... y se apaga. Alec, aterrorizado, levanta la mirada del teléfono hasta la cara de aquel hombre: «Es usted» Aquel extraño de cara conocida tan solo sonríe.

—Esto no es factible, debo estar soñando, arriba en mi cama — Refutó Alec.

El extraño se encogió de hombros y dijo:

—Te maté, pero tú no quieres darte cuenta.

Segundos después, se abrió la puerta del departamento y entraron por ella Ema y su hermana Virginia, ambas vestidas de negro cubiertas con mantillas negras y gafas oscuras. Apenas entrar, Ema vio a su alrededor y se rompió en un mar de lágrimas. Alec ya no la podía ver, se había convencido de estar muerto.

* * *